

La condolencia de fines del siglo XIX y de principios del siglo XX se manifiesta enjugando lágrimas con monedas y con billetes de banco que se cambian por fichas en los puestos de esos mercados pasajeros que se llaman kermesses.

El sufrimiento se amalgama con las diversiones, y la vanidad humana, por conducto de las juntas organizadoras de los festivales de caridad, lleva el pan á las víctimas de los terremotos, de los incendios y de las inundaciones.

La caridad del pobre se deposita sin ostentación en los cepos en donde se recauda y la caridad de los ricos lleva su oro y sus billetes á los puestos de banca de las kermesses.

En la crónica de esas fiestas siempre se veía el nombre de la Señora Mary Salamanca de Fernández. Por eso ella leía la prensa de información siempre que se ocupaba de la descripción de esos festivales.

*
* *

Un año más tarde el Señor Fernández tenía el primer heredero de su nombre. Y en tanto que él, lleno de fé en el porvenir,

pensó desde el primer momento en el destino de aquel niño, el cretinismo moral de Mary solo la hacía pensar en las fiestas que se darían en su casa cuando se bautizara su hijo. Los cuidados superiores de la maternidad no la preocuparían y el hijo de Fernández sería amamantado por una nodriza mercenaria. De otro modo, Mary temía que con las atenciones de la lactancia pudiera dar á su hijo, aunque fuera temporalmente, unos girones de su belleza; y ella, la Salamanca, la dorada, laelegantísima Señora, no amamantaría á su hijo porque temía que se amenguara su hermosura y porque le parecía que era *cursi* que la esposa de un banquero no tuviera en su casa una nodriza que alimentara su hijo.





XV

ENCABEZADA por el Obispo de una de las Diócesis de la República llegó á la Capital una peregrinación numerosa que venía á postrarse de hinojos á los Pies de la Virgen Indiana del Tepeyac.

La Nación entera acude á rendir el culto de su amor y de su fé en pregrinaciones individuales ó colectivas que se hacen á esa Basílica suntuosa que la piedad cristiana ha levantado al pie de la colina en que la Madre de Dios puso la Planta.

La Ciudad de Guadalupe Hidalgo es el centro de la piedad nacional.

La fiesta religiosa con motivo de aquella peregrinación se celebró con todas las solemnidades de la liturgia.

Varios Prelados asistieron y el Delegado Pontificio ocupó el sitio de preferencia entre aquellos Príncipes del Episcopado mexicano.

Las amplias naves de la Basílica estaban pletóricas de personas de todas clases sociales.

La parte musical encomendada á uno de los grandes maestros de capilla no tuvo menos acordes que los que pudieran escucharse en la Capilla Sixtina bajo la dirección de la batuta del Abate Perozzi.

Los Capitulares de Guadalupe, bajo la presidencia de su Abad, tuvieron también su puesto en aquella ceremonia; y en las naves de la espaciosa Colegiata resonó el cántico de aquél coro formado por las voces argentinas de los niños del Colegio de Infantes.

Las ondas perfumadas del incienso no las contenían las augustas bóvedas del templo y las plegarias de los fieles llevaban las rosas del Tepeyac á colocarlas en el Corazón de Jesucristo.

* * *

Por las naves del templo secular han desfilado de rodillas cien generaciones y al pie de aquel altar bendito se ha formado una alfombra de flores con las rosas de la gratitud y con las blancas azucenas de la pureza. Allí al pie del ara sacrosanta han corrido ríos de perlas formados por las lágrimas de todos los sufrimientos.

* * *

A la función religiosa de los peregrinos asistió Tulitas Escobar. Estaba algo delicada en su salud y á la salida del templo una corriente de aire le produjo un enfriamiento que le determinó una neumonía, para cuya curación, Julio procuró allegar á la enferma todos los auxilios de la ciencia.

No habiendo logrado Mendizábal que ^{ya ni} ~~ya ni~~ ^{elabó} enlace civil, le comenzaba á sentir las fatigas ^{de una} ~~de una~~ ⁿⁱ ~~ni~~ ^{tes} á una vida de labor constante. Su salud se quebrantaba y el diagnóstico facultativo le hacía saber que se encontraba bajo la presión de la anemia cerebral y que debía por algún tiempo separarse de los negocios. Octavio sería su sucesor; y aquél, con su esposa y con Blanca, iría fuera del país en viaje de recreo.

Los hombres honrados trabajan durante muchos años y el hábito del trabajo los hace atesorar una fortuna para poder vivir con desahogo en los años postrimeros de la vida.

Don Alejandro Collantes se encontraba en esas condiciones y podía por consiguiente gozar de los privilegios inherentes á aquella vida de labor constante.

sentaron con el cortejo judicial y lo privaron de plano de la posesión de los bienes que durante algún tiempo había administrado.

Julio volvía á quedar colocado en la triste situación en que estaba cuando había buscado en el matrimonio con Tulitas un medio que lo librara de las garras feroces de la miseria.

Abrumado ante aquella situación, no pasó mucho tiempo sin que en las casas de juego Mendizábal figurara en los emplados del cortejo. Resonó el cántico de valedor formado por las voces argentinas de los niños del Colegio de Infantes.

Las ondas perfumadas del incienso no las contenían las augustas bóvedas del templo y las plegarias de los fieles llevaban las rosas del Tepeyac á colocarlas en el Corazón de Jesucristo.

* * *

Por las naves del templo secular han desfilado de rodillas cien generaciones y al pie de aquel altar bendito se ha formado una alfombra de flores con las rosas de la gratitud y con las blancas azucenas de la pureza. Allí al pie del ara sacrosanta han corrido ríos de perlas formados por las lágrimas de todos los sufrimientos.



XVI.



ON Alejandro Collantes había consagrado al trabajo los años mejores de su vida, y cuando el tiempo tejía ya hilos de plata en sus cabellos comenzaba á sentir las fatigas consiguientes á una vida de labor constante. Su salud se quebrantaba y el diagnóstico facultativo le hacía saber que se encontraba bajo la presión de la anemia cerebral y que debía por algún tiempo separarse de los negocios. Octavio sería su sucesor; y aquél, con su esposa y con Blanca, iría fuera del país en viaje de recreo.

Los hombres honrados trabajan durante muchos años y el hábito del trabajo los hace atesorar una fortuna para poder vivir con desahogo en los años postrimeros de la vida.

Don Alejandro Collantes se encontraba en esas condiciones y podía por consiguiente gozar de los privilegios inherentes á aquella vida de labor constante.

Aceptada la resolución del viaje de recreo, en pocos días quedaron terminados los preparativos de ese viaje que con su esposa y su hija iba á emprender el señor Collantes saliendo para el viejo Mundo por la vía de Nueva-York.

La travesía para Europa la harían en uno de los más soberbios trasatlánticos con ruta directa á Saint Nazaire, para ir de allí á la Capital de Francia. Irían después á Inglaterra y volverían á Francia para dirigirse después á visitar la Italia. En la Capital del mundo cristiano admirarían sus siete catedrales, visitarían las catacumbas para transportarse á la contemplación de los primeros tiempos del cristianismo é irían á orar ante las tumbas de los Apóstoles.

El Oriente también los atraía: Constantinopla, Beyrouth y Alejandría estaban marcados en el itinerario de su viaje.

Jerusalem con sus recuerdos y el Santo Sepulcro serían también objeto de aquel viaje.

*
* *

En uno de los días próximos á la salida de la familia Collantes sorprendió Octavio en la apacible mirada de su hermana las huellas que el llanto había dejado.

—¿Porqué has llorado Blanca, le dijo Octavio, tu corazón de oro habituado á enjugar las lágrimas de los que sufren, está ahora bajo la presión del propio sufrimiento? ¿O acaso, como en otras ocasiones, tus lágrimas son la expresión de tu sublime caridad ante el dolor ajeno?

—Octavio, hermano mío, he sufrido mucho y eres tú la causa de esos sufrimientos. Acostumbrada desde mi niñez á contemplar tus grandes virtudes, cada día te admiro más y cada día también es más intenso para contigo el cariño que siempre te he tenido. Octavio: cultiva tu inteligencia, eleva tu alma á Dios y consagra tu corazón á la mujer digna que elijas para que sea la compañera de tu nombre, de tu fortuna y de tu hogar. Octavio, no pienses más en querer ofrecerle tu cariño á Margot Salamanca porque no es digna de tí.

—No abrigues, Blanca, el temor de que Margot haya podido hacer germinar en mi corazón un cariño que ha pretendido sembrar en él. Margot no me comprendería jamás y si yo le ofreciera mi nombre se casaría conmigo; y como Mary lo ha sido para Fernández, Margot sería para mí una malísima esposa. Blanca, vete tranquila al Extranjero porque yo jamás daría mi nombre, sino á una mujer que reuniera las grandes virtudes que en tu alma pura se encierran.

*
* *

En los andenes de la Estación de la Colonia se encontraban reunidas las numerosas amistades de la familia Collantes para despedir á los viajeros que ocupaban un carro especial que la Gerencia de las Líneas Nacionales ofreció á uno de sus más laboriosos y más antiguos servidores.

Las amistades todas de aquella honorabilísima familia se habían dado cita en los andenes de la Estación y se disputaban el grato placer de estar cerca de los viajeros para hacerles presentes sus deseos de felicidad en el viaje y para expresarles el anhelo cariñoso por su pronto regreso.

Las manifestaciones espontáneas de verdadero cariño se desbordaban en torno de la familia Collantes porque la ausencia de ésta dejaba un lugar vacío en el círculo distinguido de todas las personas que las estimaban.

El personal del servicio de los trenes se agitaba en todas direcciones. Los conductores y los *porters* de los carros Pullman estaban ya en su sitio y los últimos pasajeros rezagados llegaban de prisa á ocupar los carros de aquel tren.

La campana de la estación daba el último toque; y cuando el conductor general de la corrida dió la voz de marcha, la máquina remolcando sus carros salió pausadamente del patio de Estación.

Como baten las alas las gaviotas al cruzar el espacio sobre el campo anchuroso de los mares, los blancos pañuelos se agitaban al enviar los viajeros su último saludo desde el carro especial en que partieron.

Envuelto en el humo de la máquina el pesado convoy siguió perdiéndose en el fondo de aquel patio de Estación.

Octavio, enjugando las lágrimas con que el amor filial humedeció sus ojos, dejó los andenes para internarse á la Ciudad.





XVII.

LA vida en el hogar de Fernández era cada día más difícil. La comunicación moral entre los esposos había sido imposible. Don Benjamín no podía vulgarizarse adaptándose á las necias puerilidades de la Salamanca; y ésta, por su parte, resintiendo los efectos de la educación que recibió de Don Aristeo, parecía incapaz de subir hasta el nivel intelectual y moral de su marido.

Mary no era digna de su esposo. Incapaz por su educación y su ignorancia de haber subido hasta él, éste, sin estimarla, la compadecía y la toleraba. Y aún tenía cariño para ella. En los excesos desbordantes de un cariño superior al que común y corrientemente tienen los hombres á sus esposas, aún seguía sembrando en el corazón de Mary violetas y margaritas y seguía llevan-